

EL MOVIMIENTO QUE NO ESTABA PREVISTO

Por Diana Mayté Barrera Aguirre¹

Hay errores que te hacen detenerte.
Hay pausas que te dejan pensando.

Y hay errores que abren una puerta. Y te invitan a pasar.

En la improvisación, muchas veces el cuerpo comienza una frase con una convicción absoluta. Un brazo va hacia un punto, el torso lo acompaña, el peso cambia de lugar y todo parece dirigirse hacia alguna parte. Todo parece tener un porqué.

Hasta que algo no sucede como esperábamos.
El pie cae antes de lo que esperabas.
Y entonces dudas.

La mano no encuentra apoyo.
El giro pierde velocidad.
La música cambia justo cuando encontrabas su ritmo.

Durante un instante, el cuerpo queda frente a una pregunta,
pero no hay tiempo para detenerte a responderla.
Tienes que seguir.

Doblas una rodilla.
Desvías la trayectoria.
Conviertes el tropiezo en descenso.
Dejas que la caída encuentre otra dirección.

Y continuas.

Quizá esa sea una de las cosas más hermosas de improvisar: descubrir que un movimiento equivocado no siempre necesita corregirse.
A veces solo necesitas escucharlo.

Porque cuando algo ocurre de manera distinta a lo previsto, aparece información nueva.

Sí, el cuerpo había imaginado un futuro. Pero el suelo, el espacio, la velocidad, incluso el propio cuerpo, respondieron de otra manera.
Y ahora toca negociar.

Todo sucede en un instante.

A veces el cuerpo ya encontró otro camino mientras nosotros seguimos buscando el que perdimos. Qué extraño privilegio.

Hay bailarines que intentan borrar ese momento. Regresan a la trayectoria original, como si quisieran convencer al espectador, o tal vez convencerse a sí mismos, de que nada ocurrió.

Pero existe otra posibilidad.

Aceptar el error.

Dejarlo entrar.

Darte la oportunidad de preguntarle:

¿A dónde podrías llevarme?

¿Qué surge de mí ahora?

¿Qué parte de todo lo que llevo dentro quiere salir primero?

Entonces el movimiento cambia.

Una pérdida de equilibrio se convierte en una curva.

Un brazo que llegó lejos arrastra al torso.

Una pausa inesperada altera el ritmo de todo lo que viene después.

¿De dónde salió esa danza?



¹ Maestra en Educación por la Universidad EDEC de Monterrey. Licenciada en Danza Contemporánea por la Facultad de Artes Escénicas de la UANL. Experto en Escritura, Estilo y Creatividad en Literatura por la Universidad Internacional de Valencia, España.

Aparecen las emociones para empujarte a buscar. Pero no te dan precisamente una instrucción, sino un impulso. La rabia acelera. La tristeza pesa. El miedo acorta el gesto. Las alegrías abren espacio. Ninguna emoción sabe exactamente qué movimiento necesita, pero todas alteran la manera en que el cuerpo responde.

Quizá improvisar sea también eso: permitir que una emoción encuentre, entre todo lo que el cuerpo conoce, una forma posible de salir.

La emoción no conoce los pasos. Solo sabe que necesita salir.

Es el cuerpo entrenado el que tiene que encontrar cómo convertir eso en movimiento.

La emoción enciende.

El cuerpo rescata.

Y juntos inventan una respuesta que no estaba prevista.

¿Y el error? El error deja de ser un punto muerto entre dos movimientos correctos y se convierte en un puente.

En esa fracción de segundo antes de caer al vacío, cuando todavía no sabemos exactamente qué va a suceder.

La pregunta sigue abierta.

Después de todo, vivimos haciendo lo mismo: imaginando trayectorias.

Fantaseamos con el futuro cercano y escribimos, con una seriedad casi cómica, el guion de nuestro futuro lejano. Como si el tiempo hubiera prometido respetarlo.

Pensamos que ciertas personas permanecerán.

Que los planes funcionarán.

Que tendremos cierta edad cuando sucedan determinadas cosas.

Que estudiaremos esto.

Que amaremos de cierta manera.

Trazamos movimientos hacia futuros que no existen.

Y, aunque sabemos que no hay certeza alguna de todo esto, por momentos vivimos como si ya hubieran sucedido.

Después, el pie cae antes.

La música suena diferente.

La mano no llega hasta donde la instrucción quería.

El apoyo que creíamos seguro desaparece.

Y terminamos en un lugar al que nunca habíamos intentado llegar.

La primera reacción suele ser regresar.

Volver al movimiento que teníamos planeado.

Reorganizar.

Cuestionarnos.

Y hasta reprocharnos.

Intentar recrear la versión de la historia que alguna vez nos dijimos que era la correcta.

Casi nunca existe un regreso.

A veces la única posibilidad es continuar exactamente desde donde caímos.

Redireccionar.

A veces nos quedamos detenidos entre todas las vidas que imaginamos para nosotros.

Pero nada se mueve hasta que, finalmente, decidimos movernos.

Eso no significa agradecer todo lo que duele.

No significa convertir cada pérdida en una enseñanza ni fingir que cada accidente escondía un propósito maravilloso.

Hay errores que lastiman.

Hay finales que no necesitábamos.

Hay movimientos que habríamos preferido no conocer.

Pero incluso entonces queda una pregunta profundamente corporal: ¿Qué puedo hacer desde aquí?

No desde donde quería estar.

No desde donde estaba antes.

Desde aquí.

Desde este lugar que no estaba en el mapa.

Quizá improvisar sea practicar esa pregunta una y otra vez.

El cuerpo se equivoca y responde.

Pierde una trayectoria y construye otra.

Descubre que continuar no siempre significa volver a ponerse de pie inmediatamente.

A veces continuar es permanecer un instante en el suelo.

Respirar.

Deslizar una mano.

Hacer caminar los dedos.

Reconocer el peso.

Esperar a que alguna emoción dé un paso al frente y provoque un movimiento.

Tal vez por eso me gusta pensar que los errores también tienen coreografía.

Tienen un antes: el movimiento que creíamos que iba a suceder.

Tienen un instante de desconcierto.

Y tienen un después: todo lo que el cuerpo tuvo que inventar porque la trayectoria cambió.

No porque estuvieran destinados a aparecer.

Sino porque alteran el movimiento que sigue.

Cambian el peso.

Cambian la dirección.

Cambian aquello que ahora es posible.

El error no coreografía lo que pasó.

Coreografía la respuesta.

Y dentro de esa frase, no podemos fingir que no estuvo ahí.

Podemos esconderlo, repetirlo, transformarlo, dejar que nos lleve al suelo o usarlo para encontrar otra dirección.

Pero ya modificó la danza. Tuviste que cambiar para responder.

Quizá eso hacemos también nosotros: montar respuestas a cosas que nunca elegimos.

Los titubeos matizan la frase.

Tu frase.

Y quizá nuestra libertad no está en evitar todas las equivocaciones, todas las desviaciones o todos los finales inesperados.

Quizá está en desarrollar posibilidades para no quedar atrapados.

Moverse de otra manera.

Encontrar otra dirección.

Convertir la pausa en transición.

En danza, a veces el movimiento más interesante es el que viene de las entrañas y aparece justo después de aquello que no debía suceder.

En la vida, quizá también.

No porque los errores sean necesarios.

No porque todo tenga que tener una razón.

Sino porque estamos vivos.

Entonces, mientras haya cuerpo para responder, todavía queda vida.

Todavía queda danza.

Todavía queda movimiento.